

por en otros donde se aplicaba á toda su satisfaccion el sistema terrorífico que habia adoptado.

Para hacer la guerra á los pronunciados envió á Don Manuel Andrade como general en jefe de las tropas que debían operar en el Sur del departamento, y poco despues nombró comandante general á Don Anastasio Torrejon, á quien dió instrucciones terribles para desterrar y matar á los conspiradores y á los rebeldes, encargándole que no anduviera en contemplaciones de ninguna especie con ellos.

Nada de esto impidió que la revolucion hiciera progresos en Michoacan, ni que se extendiera por otros departamentos, como en el de México donde se pronunciaron Sultepec y Temascaltepec, así como tampoco fué parte para que dejara de progresar en el de Guerrero, donde se encontraban cada dia mas poderosos los enemigos de la dictadura.

Tan mal paradas iban por allí las cosas de la guerra, que á principios de Julio se hizo un fuerte extrañamiento al comandante general porque se aumentaban los facciosos; y las disculpas que dió Perez Palacios, demostraban claramente que aquel mal no consistia en falta de celo por su parte, sino en sobra de desprestijio por parte del gobierno, y de ardor en sus enemigos.

Los Villalvas principalmente habian llegado á ser el terror de la comarca en las márgenes del rio que eran el teatro de sus operaciones. Don Faustino habia juntado ya por el mes de Junio de 1854, mas de mil trescientos hombres que operaban en diferentes puntos de la demarcacion del Mescala, y se habia fortificado en el cerro del Limon, desde donde podia hacer gran daño á los enemigos. Dispuso el gobierno, en consecuencia, que una brigada de mil quinientos hombres y dos piezas de montaña, á las órdenes del general Zuloaga, fuese á desalojar de allí al formidable guerrillero y á su gente; y con este motivo tuvo lugar uno de los mas sangrientos combates de la época.

Zuloaga salió de Iguala con sus soldados, y llegó el 12 de Julio al cerro del Limon, antes que Villalva pudiese reunir para la mejor defensa de aquel punto, sus diferentes guerrillas que andaban diseminadas por otros puntos de la demarcacion militar: de manera que cuando llegó al Limon la brigada enemiga, Villalva no tenia á sus órdenes inmediatas mas que unos descientos hombres. A pesar de esto, esperó á pié firme al enemigo, y le hostilizó constantemente durante los ocho dias que Zuloaga empleó en examinar el terreno, y en ocupar los puntos de donde debia partir á dar el golpe decisivo.

El coronel Villalva defendia la altura principal con se-

venta hombres; su hijo el comandante Don Jesus ocupaba otra inmediata con treinta, y el resto de la fuerza se hallaba bastante lejos de allí á las órdenes de los capitanes Bustamante y Rebolledo.

Zuloaga atacó casi al mismo tiempo á los dos Villalvas al amener del dia 21, cargando sobre el punto principal con mil hombres, y sobre el otro con quinientos, llevando cada una de las dos secciones una pieza de artillería. Los dos guerrilleros hicieron prodigios de valor; más de una vez retrocedieron las columnas asaltantes, pasmadas de aquella desesperada resistencia; el combate habia durado ya cuatro horas, sin que desmayaran un punto los defensores del cerro; y tal vez la revolucion habria logrado aquel dia el mas glorioso de sus triunfos, si los valientes del Limon no hubieran tenido la desgracia de perder á su jefe en la refriega.

Don Faustino Villalva se batia como un leon, animando á los suyos con la voz y con el ejemplo, cuando un casco de granada le hirió mortalmente en el rostro: cayó al suelo sin sentido, y pocos instantes despues espiró: los suyos, desfallecidos de fatiga, escasos de municiones, y aterrorizados con la muerte de su caudillo, no pensaron ya en prolongar una resistencia que era enteramente inútil; y los de Zuloaga ocuparon el cerro del Limon á las nueve de la mañana del 21 de Julio, sin que los valientes derrotados de aquel dia hubiesen podido recoger el cadáver ensangrentado de su jefe.

Cuando Don Jesus Villalva echó de menos á su padre, juró vengar su muerte, pero no se entregó á un llanto estéril. Comprendió al punto las nuevas obligaciones que aquella desgracia le imponia; juntó los restos de su abatida gente; alzó su voz y blandió su espada para animarla; abandonó con ella el lugar del desastre; y atravesando apresuradamente el rio al pié del cerro del Limon, tomó el camino de la Brea para reunirse allí con Don Juan Alvarez.

Conocióse entonces que Don Jesus Villalva no era solamente un guerrillero de gran corazon, sino tambien un jefe de notable inteligencia. Sabia él cuanto valia en aquellas comarcas el nombre de su padre, y cuan grande podia ser el desaliento que causaria en ellas la noticia de su muerte. Determinó, pues, ocultarla cuanto le fuese posible; y el dia 22 á las cuatro de la tarde escribió en Tomistlahuacan un parte dirigido al general en jefe, en el cual tomando el nombre de su mismo padre, referia las ocurrencias del dia anterior, y manifestaba las razones que habia tenido para retirarse del cerro atacado. El fujido Don Faustino Villalva decia que habia recibido un ligero golpe en la cara; que su

hermano Don Manuel había perecido en el combate; que su gente se había dispersado por un error de su corneta de órdenes; que había perdido 200 hombres el enemigo; que había reunido ya casi en su totalidad la sección de su mando; que en pocos días iba á triplicar su fuerza; y que podía ocupar con dobles ventajas el Limón, si el general en jefe se lo ordenaba.

La ficción de este parte en aquellas circunstancias, reveló el entusiasmo de un hijo por el autor de sus días, el amor de un partidario á su causa, y la noble ambición de un valiente por la gloria. Ya se verá que el joven caudillo llevó dignamente la herencia de su nombre guerrero, en los mismos lugares que habían sido el teatro de las hazañas de su padre.

La cabeza de este fué llevada á Mescala; y clavada en un poste, á trescientos pasos de aquel pueblo, estuvo así hasta la noche del 26 de Diciembre, en que una partida de pronunciados logró quitarla de allí, después de una refriega con el destacamento del gobierno. El digno hijo de Villalva y sus valerosos compañeros, pudieron de este modo hacer los últimos honores al triste resto de su padre y de su caudillo.

Don Jesus Villalva tenía tan buenas relaciones por todo aquel rumbo, que nunca dejaba de saber los movimientos de los enemigos, y era imposible sorprenderle. El gobierno de México se dedicó con tenaz empeño á perseguirle, dictando frecuentes órdenes para ello á los jefes militares, y empleando numerosos espías para averiguar el misterio de sus movimientos felices y el de la imposibilidad de darle un golpe. En una ocasión fueron aprehendidos Don Manuel Gómez, cura de Cacalotenango, y otras siete personas que mantenían relaciones con el joven guerrillero; y con fecha 14 de Julio el gobierno previno al comandante general del departamento, que aquel sacerdote y los demás individuos implicados en el mismo delito, fueran juzgados con arreglo á la ley de conspiradores, "y castigados (es decir, fusilados) *sin consideracion á categoria ni fuero*" (3).

Respecto á ejecuciones, el 16 de Julio se hizo una en Morelia, que aterrorizó á los habitantes de aquella ciudad y de todo el departamento. Condenado á muerte por un consejo de guerra Don José María Ramos, toda la ciudad se interesó por él para que se suspendiera la ejecución mien-

(3) Con fecha 5 de Setiembre de 1853 Santa Anna había espedido un decreto, declarando que no había fuero en los delitos de conspiracion.

tras se pedia la gracia de indulto; pero las autoridades se negaron á ello, á pesar de las instancias del obispo de aquella diócesis y de otras personas notables. El obispo por medio del telégrafo pidió desde Silao al gobierno la suspensión de la sentencia, ínterin se despachaba la solicitud de indulto hecha por la familia del sentenciado, por el provisor y otras personas; y el gobierno contestó, también por el telégrafo, que se suspendiera la ejecución, *si Ramos no había sido condenado por conspirador ó por ladrón en cuadrilla*. Esto era negarse terminantemente á obsequiar la réplica del obispo, porque el gobierno sabía bien la causa de la sentencia. No hubo misericordia y Ramos fué fusilado antes que se recibiera en Morelia aquella contestacion, que de nada habría servido por otra parte para evitar el sacrificio de aquel infeliz. Era un hombre honrado y bienquisto en Michoacán, y su muerte dejó en la orfandad á una numerosa familia. Fué condenado á muerte por haber acompañado á Don Gordiano Guzman, su favorecedor, en las desgraciadas tentativas que hizo contra los tiranos de su patria.

El 13 de Julio Don Juan José de la Garza se pronunció en Ciudad Victoria, capital del departamento de Tamaulipas. El gobierno envió contra él fuerzas numerosas, que pusieron sitio á la ciudad, la cual fué abandonada á los pocos días por los pronunciados, después de haberse defendido valerosamente contra triple número de hombres. A pesar de esto, la chispa de la revolucion quedó encendida en Tamaulipas, y en actitud de comunicarse á los vecinos departamentos como sucedió poco mas tarde.

Sufrió mucho Ciudad Victoria en aquel sitio, porque las tropas del gobierno llevaban órdenes terribles para entrar en la poblacion á sangre y fuego. Palmo á palmo la defendieron los valientes que mandaba Garza, y palmo á palmo fueron entrando en ella los sitiadores, empleando para ello los mas atroces recursos de la guerra, el incendio y la destruccion de los edificios. Hubo calles enteras que quedaron reducidas á escombros; se perdieron muchas vidas y desaparecieron muchas fortunas. Por fin Garza y los suyos tuvieron que retirarse, y las tropas del gobierno ocuparon aquella ciudad desolada, entre cuyas ruinas yacian muertos sus vecinos.

Don Juan de la Garza con los restos de su gente se fué al Norte del departamento, donde mantuvo vivo el fuego de la revolucion, contribuyendo después poderosamente á su triunfo en aquella parte de la República.

Corrió entonces una especie, que revelaba bien á las claras los sentimientos de que estaban animados los hombres del gobierno dictatorial. Cuando se enviaron tropas sobre Cua-

dad Victoria, el gobierno tenía la seguridad de que los pronunciados habían de sucumbir, y todos temían que este había de ser el resultado, á no ser que otros pueblos de Tamulipas secundáran el movimiento de la capital. Hablaban de esto un dia los ministros con el general Santa Anna, y ponderaban indignados el crimen de la ciudad rebelde, que tan fácilmente se había sometido á las torpes exigencias de un puñado de fricotos: decían en tono hiperbólico, que era menester destruirla y sembrarla de sal para escarmiento de otras poblaciones que pudieran verse en el mismo caso; y escitado con esta conversacion el presidente tuvo uno de aquellos arrebatos, que tan frecuentes eran en su carácter: dijo que había de levantar una horca en medio de la plaza de Ciudad Victoria, y que había de situar cañones en las boca-calles, para barrer á metralla á todos los vecinos, á fin de que los rebeldes vieran la suerte que les aguardaba. Ninguno de los ministros dijo una palabra contra aquellos bárbaros propósitos: si alguno de ellos los desaprobaba en su corazón, ninguno se atrevió á contradecirlos. Quizá se habrían puesto en práctica, si no hubiera estado presente un ciudadano, que sin pertenecer al gobierno, solía levantar la voz allí en favor de la humanidad y de la civilización. Era el general Don Ignacio Basadre.

Aquí corresponde relatar un hecho, que aunque no pertenece á la revolucion, ojejetó de esta historia, debe figurar en ella por su importancia, y porque vino á revelar una de las principales pasiones que hicieron tan impopular á la dictadura. El conde de Raousset Boulbon, súbdito francés, desembarcó en Guaymas en el mes de Julio de 1854, á la cabeza de trescientos franceses que había organizado en California. Era comandante general de Sonora el general Don José María Yañez; y una noche á deshora se presentó en su habitacion el aventurero, solo y desarmado. Habló mal del gobierno, de quien decía que le había engañado villanamente, y dijo sin rodeos que venia en busca de una reparacion de los perjuicios que se le habían hecho. Respondióle el general Yañez con dignidad y le declaró su resolucion de desbaratar con las armas ó de cualquier modo sus proyectos.

Saló Raousset de allí, y fué á disponer su gente para atacar á Yañez, mientras que éste por su lado se puso á organizar la corta fuerza que tenia, para batir á los invasores. Estos eran trescientos, todos franceses, gente decidida, y entusiasmada además por el genio emprendedor y las palabras de fuego de su caudillo, que les había ofrecido una existencia de placeres en las opulentas regiones que iban á conquistar. No eran tantos los hombres de Yañez, aunque á

ellos se reunieron algunos vecinos de Guaymas, que quisieron tomar parte en la lucha con los enemigos estrangeros.

Puesto Yañez á la cabeza de su gente, y dirigiendo el conde Raousset á la suya, trabose un combate sangriento en el cual se hicieron prodigios de valor por una y otra parte. Los franceses peleaban por la vida; los mexicanos por la independecia y por la honra: unos y otros eran valientes; unos y otros tenían caudillos esforzados, que los animaban con la palabra y con el ejemplo: Raousset, aunque capitán entonces de aventureros; era digno adversario de Yañez. Por fin despues de algunas horas, de combate, triunfó el general mexicano: los invasores y su caudillo fueron hechos prisioneros, y quedaron todos á merced del vencedor.

Yañez hizo formar causa al conde Raousset, que fué condenado á muerte, y fusilado el 12 de Agosto. Los franceses fueron perdonados por el general á nombre del gobierno, mientras éste determinaba lo que fuese de su agrado.

La victoria de Guaymas tuvo lugar el 13 de Julio, y en la capital se supo á principios de Agosto. Causó en toda la República extraordinario contento, y aplaudióse con entusiasmo al general victorioso. Era aquel un triunfo que no solo halagaba el amor propio de los mexicanos, sino que venia á sacarlos de las inquietudes que aquella expedicion les causaba. No era la primera vez que Raousset pisaba en son de guerra el territorio de la República, ni que hacia armas contra sus autoridades: en 1852, acaudillando una partida de franceses que iban á proteger la explotacion de las minas de Arizona, se había descompuesto con el comandante general de Sonora, con quien había venido á las manos en Hermosillo; y el comandante general, que lo era Don Miguel Blanco, había estado muy distante de tener la misma fortuna que Yañez en Guaymas. Estos antecedentes hacian temer que el atrevido aventurero triunfase fácilmente de las escasas fuerzas que podian resistirle en 1854, en los mismos lugares donde con doscientos cincuenta hombres se había burlado de cerca de dos mil en 1852. Por eso fué tan grande el júbilo con que se recibió la noticia de su derrota.

En cuanto al gobierno, la primera impresion de gozo que le causó la noticia, fué superior á la que experimentó la generalidad de los mexicanos. Raousset había apelado al descontento público, había invocado la libertad contra la tiranía, y había manifestado mas deseos de saciar su venganza derrocando al gobierno, que de satisfacer su ambicion apoderándose de una parte del territorio. Victorioso en Guaymas, no solo se hacia dueño de Sonora y de los departamentos vecinos, sino que podia traer la guerra al interior de la Re-

pública, sublevar las pasiones contra un poder mal querido, y causar por fin una general conflagración. La cuestión era de vida ó de muerte para el gobierno, y éste conoció claramente que Yañez le había salvado de una ruina segura. Así pues, el primer impulso del dictador fué premiar con largueza el servicio que acababa de prestar el vencedor de Guaymas, y en ello estaban de acuerdo todos los ministros menos uno.

Este se presentó por la noche al general Santa Anna; y en vez de participar de la comun alegría, y de tomar parte en los plácemes y congratulaciones á que daba lugar el caso, empesó á ponderar la popularidad inmensa que había adquirido Yañez por un acontecimiento feliz que no se debía ni á su pericia ni á su valor; ponderó lo peligrosa que podía ser aquella popularidad tratándose de un jefe que residía tan lejos de la capital de la República, y que había dado pruebas de ser poco cumplido en obedecer los mandatos del gobierno; y concluyó manifestando que lejos de ser acreedor á ningún premio, aquel general merecía un severo castigo por su inobediencia, por su imprevisión, y por haber comprometido el resultado de un lance que no había sido dichoso sino por el valor de la trupa y de los vecinos de Guaymas, á pesar de las faltas que el comandante general había cometido.

Duro se le hacía al general Santa-Anna decretar castigos para quien en los primeros momentos de su gozo había juzgado digno de recompensas; pero el ministro cargó la mano en lo del aura popular, diciendo que toda la nación aplaudía al general afortunado, como si fuera el primer hombre de México. La pasión mas fuerte del general Santa-Anna se despertó entonces con su implacable violencia; y el ministro para que no desmayara en los injustos propósitos que veía casi asomar en el alterado semblante del presidente, le habló de Manlio, el cónsul romano que hizo matar á su propio hijo porque había dado una batalla contra la orden que tenía, no obstante que había alcanzado una gran victoria.

Dos días despues los habitantes de México, llenos de asombro, vieron que en el *Diario Oficial* se vituperaba con la mayor acritud la conducta de Yañez, que se le destituía de su destino de gobernador y comandante general de Sonora, y que se le sometía á un consejo de guerra. Los ministros, que le habían aplaudido como todos los demás, al recibirse la noticia de su triunfo, le o habían ya entonces á la par con su señor y con su compañero; y algun tiempo despues se publicó un folleto que se atribuyó al de relaciones, en el cual estaban recopilados los cargos que el gobierno hacía al general Yañez.

Entre ellos figuraban como muy principales, el no haber asegurado á Raousset cuando se presentó en su casa, solo y desarmado; el haberle dado tiempo de prepararse para el combate; el no haberle fusilado inmediatamente despues de prenderle, sin formarle causa, y el no haber hecho lo mismo con todos los demás franceses que cayeron prisioneros: es decir, que el gobierno acriminaba á Yañez por que había sido caballero, valiente, humano, político y generoso.

La futilidad de los cargos acabó de glorificar al vencedor de Guaymas. Todos sus compatriotas, aunque por entonces guardaron silencio, le hicieron justicia en el fondo de su corazón; y los franceses residentes en la República, le dieron un voto de gracias por su conducta noble y generosa. Escusado es añadir que sus jueces le hicieron tambien justicia, absolviéndole.

Tenemos que volver un poco atrás para explicar los acontecimientos que se han referido.

Raousset había quedado profundamente despedido desde que había tenido que abandonar la República en 1852, despues de su inútil triunfo de Hermosillo; y andaba reclutando gente en California para imbadir con ella á México. Súpolo el gobierno de Santa-Anna desde los primeros dias de su instalacion; y queriendo librarse de aquel enemigo peligroso, hizo que llegaran á su noticia, por medio de la legacion francesa, los deseos que tenía de tratar con él sobre un vasto proyecto de colonizacion en la frontera del Norte, para lo cual se le proporcionarían todos los recursos que fueran necesarios. Raousset respondió que inmediatamente iba á ponerse en camino para México; y entonces fué cuando los periódicos ministeriales anunciaron que aquel hombre, admirador del general Santa-Anna, y prendado de la política de su administracion, no solamente había abandonado sus proyectos piráticos, sino que ponía al servicio de México su talento y su espada.

Poco tiempo despues vino Raousset á la capital, donde el gobierno le entretuvo largo tiempo, hablando inútilmente del proyecto de colonizacion. Los dias se pasaban entretanto, sin que nada se hiciera, y sin que el gobierno diera trazas de cumplir las ofertas que directa ó indirectamente había hecho á Raousset: tratábase de cierta cantidad de dinero para establecer una colonia militar en Sonora y en otros departamentos fronterizos. Instaba el conde al gobierno, y el gobierno le entretenia con buenas palabras, hasta que al fin, estrechado éste fuertemente á dar una resolución, acabó por ofrecer á Raousset el grado de coronel en el ejército.

El arrogante francés se dió por ofendido de aquella sa-

lido; vió en ella el complemento de una burla que se le había hecho desde el principio para entretenerle aquí; y salió de México ardiendo en ira y meditando proyectos de venganza. Embarcóse en Acapulco para California, y empezó á reclutar gente con una actividad febril para volver á las costas de México. El cónsul francés de San Francisco ayudado por el mexicano, desbarató una vez sus planes; pero él volvió á la tarea con una constancia incansable, y reunió al fin la gente con la cual le hemos visto desembarcar y sucumbir en Guaymas.

Desde que Raousset se presentó al general Santa-Anna, conoció que nada tenía que esperar de él; y á su vez Santa-Anna, desde que vió al conde, se propuso no hacer con él ningun arreglo. A í es que mutuamente se engañaban mientras Raousset permaneció en México, cuando el uno solicitaba seriamente lo que sabia no le habían de conceder y el otro entretenía unas esperanzas que no tenía ánimo de realizar. A Santa-Anna le habrían convenido mucho un valor y una ambicion vulgares: un valor capaz de sostener diarias luchas con los bárbaros y los aventureros de la frontera, y una ambicion que se conformára con el primer destino de una colonia militar. Pero Santa-Anna conoció que el valor y la ambicion del conde Raousset rayaban mas alto, y no se atrevió á dar un rincon de tierra al que era muy capaz de alzarse con toda. Aquel hombre no habia nacido para obedecer, sino para mandar, ó para morir desastrosamente como murió.

El conde de Raousset Boulbon, verdadero héroe de novela, personaje enteramente dramático, era un jóven como de 36 años de edad, de familia ilustre, de gallarda presencia, finos y cortesanos modales, claro talento y buena instruccion. Valiente hasta la temeridad, y ambicioso hasta el extremo, no llevó por buen camino aquellas cualidades: bien empleadas, le habrían hecho vivir lleno de gloria, como uno de los mas famosos paladines de la época; mal empleadas, le llevaron á morir como un aventurero, ó como un pirata.

CAPÍTULO SESTO.

PELIGROS DE LA REVOLUCION POR FALTA DE RECURSOS.

Vuelven los del Sur á tomar las armas despues de labrar sus tierras.—Mentiras que se inventan en México.—Trata el gobierno de reducir á algunos caudillos.—Toma de Coyuca.—Alvarez y Villareal en Costa Chica.—Rápidos movimientos de Jesus Villalva.—La montaña de Tlapa.—Don Rosendo Moreno en Ajuchitlan.—Triunfos de Diaz Salgado, Huerta, Pinzon y Pueblita.—Horrores de la guerra.—Apuros pecuniarios del gobierno.—Medidas que toma para salvarlos.—Devastaciones.—Incendio de Tierra-Colorada.—Es fusilado Don Ignacio Campos.—Incendio de la Brea.—Instrucciones al general Castillo.—Pormenores de su expedicion.—Da órden el gobierno para tomar caballos de particulares ó de las haciendas.—Ataque de Morelia.—Muerte del general Echeagaray.—Ingratitud del gobierno.—Escasez de recursos en el Sur.—Afanes de Comonfort.—Proyecta un viage al Norte para proporcionarse recursos.—Se embarca para San Francisco de California.—Inutilidad de sus diligencias allí.—Pasa á Nueva York.—Nuevas dificultades.—Vindica á la revolucion por los periódicos.—Horribles aflicciones.—Nueva tentacion.—Rechaza propuestas halagüeñas.—Don Gregorio de Ajuria.—Préstamo que hace á la revolucion.—Vuelve Comonfort á Acapulco con armas, municiones y pertrechos de guerra.—Su saludo á los surianos.—Oportunidad de aquellos auxilios.—Zuloaga en la Costa Grande.—Accion del Calvario.—Llega Zuloaga á la hacienda del Nuzco.—Le sitian allí Alvarez, Villareal y Moreno.—Barberena en San Marcos.—Proclama de Alvarez á la brigada Zuloaga.—Estado de la revolucion al terminar el año de 1854.

DURANTE tres ó cuatro meses, los habitantes del Sur habian estado dedicados á sus faenas del campo. Aquellos hombres que con tanto heroismo habian hecho frente al ejército de Santa-Anna en el Coquillo, en Acapulco, en el Peregrino, y que tanto habian sufrido en sus pepueñas fortunas por los incendios y devastaciones con que asolaron su tierra las tropas del gobierno, soltaron las armas luego que se